

*José Mor De Fuentes*¹
Diego Martínez Torrón

El *Diccionario de Literatura española e hispanoamericana* dirigido por Ricardo Gullón (Madrid, Alianza, 1993), recoge que este autor nació en Monzón, Huesca en 1762 y murió en 1848. Marino de profesión y aficionado a los viajes reflejó su época en *Bosquejillo de la vida y escritos de don José Mor de Fuentes, delineado por él mismo* (1836). Le considera poeta anacreóntico, colaborador de la prensa zaragozana, autor de la novela *Serafina* (1798) –historia amorosa contada en cartas-, traductor del *Werther*, la *Nueva Eloísa* y la obra histórica de Gibbon. Ferrer del Río se refirió a él. Y también Azorín a propósito de su obra memorialista.

La edición del *Quijote* en Barcelona, Viuda e Hijos de Gorchs (1832-1835), en el último volumen, contiene el *Análisis* de Vicente de los Ríos y la *Vida de MCS* con *Ilustraciones y documentos* de Martín Fernández Navarrete en el último volumen, que se ha estudiado en las voces correspondientes. Dicho tomo lleva al principio de fecha de 1834, pero después de los textos antes indicados contiene, datado en 1835, el *Elogio de MCS, donde se deslindan y desentrañan radicalmente, y por un rumbo absolutamente nuevo, los primores incomparables del Quijote por D. José Mor de Fuentes*.

Se trata de un texto breve de 46 páginas, con un mapa anejo con el título de *Carta geográfica de los viajes de Don Quijote*, que ha sido de amplia influencia en sucesivos documentos de este tipo.

En este curioso texto con que termina el *Quijote* mencionado hay un poema en tercetos encadenados *A mi amigo D. B. G.* donde se canta al habla de Cervantes que degenera, y se censura de modo satírico a quienes lo comentan sin comprenderlo. El poema me parece ya ubicado en el temprano romanticismo propio de esta cuidada edición que merece el halago desde el punto de vista de los comentarios que incluye, y por la belleza tipográfica de una edición a caballo entre neoclasicismo y romanticismo, pero ya protorromántica. Notemos estos versos:

“(...)
Esos tomos sin fin, ese conjunto
Del más tenaz científico desvelo.
Aquí de la razón. En todo el asunto
Campea un medio que con fiel anhelo
Abraza la equidad. Fuera demencia
Al Quijote pedir lírico vuelo,
Química, astronomía, o ardua ciencia
Que de los seres cale el hondo arcano;
Pero atesora la ínclita excelencia
De castizo exquisito castellano,
De embeleso sin par, de chiste fino,

¹ Publicado como “MOR DE FUENTES, JOSÉ” en Carlos Alvar (dir.) y Alfredo Alvar Ezquerro/Florencio Sevilla Arroyo (coord.), *Gran Enciclopedia Cervantina*, Madrid, Centro de Estudios Cervantinos/Editorial Castalia, vol. VIII, 2011, pp. 8096-8102.

De tanto dote como el orbe ufano.
(...)
¿Y acaso su belleza consumada
Se empaña con los frívolos lunares
Que censura la crítica finchada?
¿Se ofuscan los celestes luminares,
Por las sombras volubles y frecuentes
Que, entre rayos lumbrosos a millares,
Asoman por sus discos diferentes?
¿Eclipsarse el Quijote! ¡oh devaneo!
Mas, a fuer de mis ímpetus ardientes,

Autor divino, en pago del recreo

Que en profusión tu espíritu derrama,
¡Oh quién me diera, por genial trofeo,
Para exhalar de mi pasión la llama,
Rendirte heroico y armonioso canto!
¡Y arrebatando a la volátil Fama
El sonoro clarín, en vez del llanto
A que tu suerte bárbara provoca,
Alzarte un monumento sacrosanto
Sobre perpetua y eminente roca
Que todo zoilo con pavor profundo
Mire en su cieno!... Ya de boca en boca,
De región en región, de mundo en mundo,
En pompa vuela su triunfal memoria,
Y al ensalzar su timbre sin segundo,
Se endiosa más y más su excelsa gloria.”

Así termina este curioso poema. Se mueve ya netamente en el ámbito del romanticismo, con la mitificación apasionada del genio de Cervantes del que se manifiesta admirador, con vocablos y conceptos románticos como la noción de *anhelo* – que tan bellamente estudiara para el romanticismo francés y alemán Paul Bénichou en *L'âme romantique et le rêve*, un libro que perdura. - Con la burla del cientifismo racionalista de la época neoclásica que viene a decir no comprende el espíritu de Cervantes que se mira con arrebatada pasión.

Por tanto este interesante *Quijote* muestra la evolución que va de la anotación al texto de Cervantes de las ilustradas de Pellicer a las protorrománticas de Bastús; y en los ensayos y textos de estudio, la misma evolución que va del neoclasicismo ilustrado de Vicente de los Ríos, al protorromanticismo con elementos de pervivencia neoclásica de Martín Fernández de Navarrete, hasta llegar a este colofón netamente romántico de Mor de Fuentes. De todos estos textos y autores he dado amplia cuenta en estas mismas páginas en las voces a ellos dedicadas. Se trata por tanto, también por las doce litografías que le acompañan, de un *Quijote* valioso, tanto desde el punto de vista tipográfico como filológico, que sigue el texto de la Academia de 1819 que tanto tiempo pervivirá en sucesivas ediciones como la primera y la segunda de Clemencín (Aguado, 1833-1839, 6 vols; y Viuda de Hernando, 1894, 8 vols., respectivamente.) Por tanto, a propósito del cervantismo, el decurso que va de ilustración a protorromanticismo y luego romanticismo, queda de manifiesto en esta edición que hay que rescatar.

Lo que viene a manifestar este *Elogio* indirectamente es que la crítica neoclásica e ilustrada, moviéndose dentro de los criterios estrictos de verosimilitud, no ha

comprendido una obra genial a la que achaca determinados defectos que el texto de Mor de Fuentes quiere venir a defender de sus acusadores. Ello explica el curioso poema a que he hecho alusión y que se incluye al principio de su estudio, que constituye una vindicación de Cervantes desde criterios netamente románticos.

Comienza resumiendo una vez más la *Vida...* de Navarrete que figura en el mismo volumen, pero de manera muy sucinta (pp. 9-13).

Sigue a Navarrete en creer que en la *Galatea*, ésta es su esposa Catalina de Salazar y él Elicio (p. 13). Sabemos que Astrana es de otra opinión. Sitúa la obra en el ámbito de las *Dianas* de Polo y Montemayor, y aprovecha para elogiar los versos de Meléndez Valdés, que siguió por cierto creo siendo muy valorado por los románticos – ahí está la influencia y calcos sobre Espronceda, y antes sobre el neoclásico Lista cuya poesía completa espera una reedición desde los tiempos en que apareció por vez primera en dos ediciones, más completa la segunda durante el trienio liberal.-

Con sincera objetividad y con ingenuidad confesada manifiesta que en la *Galatea* Cervantes no enlaza bien los episodios (p. 13) y le achaca excesivas sutilezas, “friísimas” –nótese el pasionalismo afectivo romántico- pese a la variedad e interés de las situaciones. Le censura la mezcla no acertada de prosa y verso, y no valora bien este último, haciéndose eco de la propia afirmación de Cervantes en *Viaje del Parnaso*. Yo creo por el contrario que si Cervantes no hubiera sido un buen poeta no habría podido escribir la prosa tan lírica y elegante del *Quijote*, y que quizás en el mencionado *Viaje...* debió haber sido menos modesto respecto a la autovaloración de su poesía, porque creo sí fue una gracia que quiso darle el cielo. Hay versos aislados de Cervantes de una singular belleza, y como digo su temperamento lírico informa también a su narrativa.

En todo caso vemos que Mor de Fuentes plantea una visión excesivamente crítica de la *Galatea*, en una época que todavía no había iniciado su revalorización. Pienso que quizás la ve, sin decirlo, como excesivamente próxima a los gustos del neoclasicismo, por tratarse de una égloga en prosa y verso, cuando el propio Mor plantea una visión netamente romántica de la obra de Cervantes, que encontrará directamente en el *Quijote*.

Sigue su criterio romántico cuando recuerda la cuesta Zulema que aparece en la *Galatea*, que fue escenario de la muerte del Empecinado por sus propios compañeros, cuando Mor de Fuentes recuerda haber oído la descarga de las armas en ese punto encontrándose en el Nuevo-Bastán a la sazón (p. 14).

Crítica los excesivos elogios que figuraban en las obras de época, con incensarios de autores que muchas veces no poseían valor, y censura que en el *Canto de Caliope* de la *Galatea* elogiara desmedidamente a Vicente Espinel (p. 14).

Aprovecha Mor de Fuentes –él sí, que no Vicente de los Ríos- para elogiar a “el insigne Luzán, mi predilecto paisano, y nuestro oráculo perpetuo en estas materias” (p. 15), lo que demuestra lo que he afirmado de la pervivencia de la *Poética* de este autor, como estética literaria, durante el romanticismo español: compuso un edificio teórico tan profundo que traspasó las fronteras de su época.

Pasa luego a señalar los orígenes del teatro español en Castilla, hasta la época de Cervantes en que “desbarraron (estos autores) a ciegas, y cuanto más soltaban la rienda a su fantasía por los desiertos de la novedad, más y más se extraviaban del camino obvio y palpable del acierto.”

El carácter romántico de este texto se muestra en la crítica –impensable para un neoclásico- que hace de “las comedias desarregladas y chocarreras de Plauto, las elegantes y tristísimas de Terencio, las monstruosidades de Aristófanes, etc.” (p. 15).

Cervantes cosechó aplausos con los *Tratos de Argel*, su *Batalla Naval* y su *Numancia* (p. 15). Achaca puerilidad de lenguaje a la última. Y menciona a Martínez de

la Rosa, quien indica no se había deslindado bien hasta sus días los confines de la comedia y la tragedia (p. 16). Y añade (ibídem):

“Cervantes en su *Quijote* censura y menosprecia justísimamente nuestro absurdo e inmoralísimo teatro, pero se ciñe únicamente a generalidades, sin trascender al pormenor ni internarse en los móviles dramáticos, en los caracteres, en las situaciones, en los vaivenes; ni en la gala, chiste y armonía del lenguaje, y demás medios teatrales; y así con su retórica sobra para detestar y volcar las monstruosidades dominantes (en vez de ser *espejos de la vida humana*, no ofrecen más que *ejemplos de disparates*, son sus expresiones): pero toda aquella doctrina sensata y obvia no alcanza a consumir el desempeño del arte, y a encaminar sus profesores a la perfección ideal.”

Este párrafo es interesante. Por una parte muestra la pervivencia de la crítica neoclásica sobre los excesos del teatro barroco anterior –la herencia de Luzán de nuevo–, pero por otra la conciencia de que los románticos se encontraban ante un teatro nuevo y diferente que consideraban superior.

El teatro de la época cervantina lo considera Mor de Fuentes como superficial (p. 16). Censura el teatro con sus comedias “tan inmorales, tan monstruosas y tan fútiles como todas las de Lope y secuaces.”

Sugiere, y aquí hay una nueva huella neoclásica, en que se motiven los movimientos y arranques de los personajes, se eslabonen estrechamente las escenas “para formar un todo como compacto e indisoluble; parte esencialísima, de que no hay el menor asomo, ni en la *Poética* de Aristóteles, ni en cuanto nos queda de los antiguos” hasta que llegaron Alfieri y los dramáticos franceses, que estima Mor de Fuentes como modelo. Cervantes, en su teatro, “se descarrió y zozobró como todos”, y aprovecha Mor de Fuentes para criticar a Lope, Calderón, Montalván y “otros infinitos.” Es decir, no parece creo haber leído a los Schlegel ni estar al tanto de la revalorización romántica del teatro áureo que mira con ojos neoclásicos todavía, quizás como he dicho antes por la pervivencia en él de la estética literaria de Luzán a quien halaga.

Critica el *Viaje del Parnaso* por los excesivos elogios que dedica a sus amigos (p. 17) “lo peor es que estas generalidades van expresadas en renglones prosaicos tan enrevesados por los apellidos que se les atraviesan (...)”

Pasa luego a las *Novelas ejemplares* y también es despiadado con ellas (p. 17):

“Publicó luego sus *Novelas*, bajo el dictado de *ejemplares*, pagado, por lo visto, de su acendrada moralidad. En cuanto a su mérito es innegable que ofrece caracteres descollantes, situaciones pintorescas y frecuentes alusiones a hechos positivos, con el viso de naturalidad que es consiguiente; pero también es ciertísimo, que Cervantes atinó poco a manejar los afectos, recargando desacompañadamente los ímpetus de sus personajes, al modo que en las novelas pegadizas al *Quijote*, sale aquello de Sila cruel, Mario implacable, y otras citas, o llamadas, harto intempestivas.”

Y añade:

“Además, o nunca experimentó una pasión entrañable, o no se paró a retratar los íntimos calofríos, los violentos vaivenes y los disparos

frenéticos de un cariño extremado; y así es demostrable, que las *Novelas ejemplares*, faltas de aquel espíritu vividor y de la forma dramática que tanto realza de extremo a extremo el *Quijote*, desfallecen, y se leen sólo por ser suyas; pues a no mediar su esclarecido nombre, yacerían años hace anegadas en el piélago novelesco que ha diluviado ya en Francia, ya en Alemania y ante todo en Inglaterra, donde Richardson, Fielding y el recién difunto Scott (infinitamente mejor poeta que prosista) han cuajado por sí solos de fábulas difusísimas y chacharonas el orbe literario.”

Es por tanto muy duro Mor de Fuentes con Cervantes y su época. Es explicable porque escribe desde un momento que se quería nuevo, un período revolucionario desde el punto de vista ideológico y literario, que quiere reescribir el pasado con ojos nuevos. Y si antes mencionaba autores y criterios neoclásicos, ahora lo hace con otros románticos, con la referencia a Scott que fue un autor que admiraron hasta los neoclásicos tardíos como Lista en sus últimos artículos en *El Tiempo* de Cádiz, luego en sus *Ensayos literarios y críticos* (Sevilla, 1844).

Pasa luego a referirse al *Persiles* que “viene a ser en punto a novelas lo que en astronomía el absurdo sistema de Tolomeo, embolismo de embolismos, que mereció a nuestro ínclito D. Alfonso tan sumo y aun chistoso menosprecio.” (p. 48)

Lo caracteriza como “desentono” y “gerundiada” (p. 18) y:

“(…) Podrá tal vez ofrecer algún esmero, del que escasea a trechos el *Quijote* en el redondeo de las cláusulas, en el mecanismo gramatical, pero la hinchazón es siempre idéntica y siempre insufrible, dándose estrechísimamente la mano con la fofa y ridícula oratoria que asomó por aquella época, y se disparó luego hasta la más rematada extravagancia por el desvarío del dogmatizador en su línea, el trinitario Hortensio Paravicino.”

Es sorprendente que Mor de Fuentes pretenda un elogio de Cervantes y no llegue a comprender luego sus obras. De acuerdo con que al lado del *Quijote* son textos un poco inferiores, pero siempre muestran la huella del genio de Cervantes que el citado crítico no huele.

Y añade (p. 18):

“Viniendo a los sustancial, la historia es absurda e inverosímil en los sucesos principales, y mucho más en el conjunto o agolpamiento monstruoso de todos ellos: los caracteres son absolutamente desencajados y estrambóticos, y a ningunas luces interesantes. En cuanto a la moralidad de que tanto se engreía el autor en punto a novelas, no sabemos dónde se cifra, ni en los episodios, ni en los lances o el paradero de los héroes, lo *ejemplar* de este *aborto* (…)”

La crítica de Mor de Fuentes sólo de manera sarcástica puede titularse como *Elogio*, pues es completamente ciega para las virtudes de parte de la narrativa de Cervantes, con excepción del *Quijote*.

Indica que los alemanes, y Wieland en particular, que no ahorran elogios a Cervantes no lo hacen con el *Persiles* (pp.18-19).

Por contraste se refiere al *Quijote* como “manantial de la sublime y acendrada jovialidad, empapándonos regaladamente en las peregrinas excelencias del sobrehumano *Quijote* (p. 19).

Se refiere a las palabras iniciales de la obra (“En un lugar de la Mancha...”), que caracteriza por su “estilo entre familiar y culto, y siempre agraciado.” (p. 19)

Señala la riqueza de sugerencias que tiene esta obra para los pintores, como se muestra en la gran cantidad de láminas que ha podido observar en Europa. Y ello para subrayar el arte de retratista de Cervantes (p. 19-20).

En sus escenas iniciales “desde los primeros pasos, la ilusión está ya consumada, y todos los objetos y circunstancias se estampan, y viven para siempre en el ánimo de los oyentes.” (p. 20)

Va recorriendo de este modo el argumento de la novela, con gracia castiza. Critica a Cervantes por ensalzar *Las lágrimas de Angélica* que nada valen (p. 21), o en sobreponer la *Araucana* a la *Jerusalén*. En todo esto último creo no le sobra razón, ya que parte de un criterio de gusto moderno.

Sin embargo sus críticas a las restantes obras cervantinas me parecen excesivamente duras y muestran una escasa receptividad y sensibilidad crítica al respecto, por en todas ellas, si bien no llegan a la profundidad de conceptos y elegancia de estilo que caracteriza al *Quijote*, siempre puede atisbarse el temperamento genial de Cervantes. De todos modos el valor de la acerba crítica de Mor de Fuentes reside en su falta de inhibición, ajeno a la mitificación del escritor, si bien con claras injusticias al respecto.

Notemos lo que opina de la obra principal de Cervantes (p. 21):

“Don Quijote, en medio de tanto escarnio amarguísimo, y a pesar de sus *excesivos* padecimientos corporales, jamás se apoca ni se abate, ni mucho menos se envilece; antes bien sus rasgos incesantes de entereza heroica y de sencillez pundonorosa, causan cierta veneración, y excitan el cariño en los pechos sensibles; y este exquisito temple que aceró a dar a su héroe fantástico es una de las maestrías más consumadas del gran Cervantes. Pero todavía se sobrepujó más a sí mismo en el cabal retrato, en la viva presencia y en la suma perfección y propiedad del *dobles* carácter de su escudero.”

Es curioso que prefiera el personaje de Sancho al de Don Quijote. Realmente Mor de Fuentes no era un erudito, sino un creador de más o menos valor literario, y quizás un hombre extravagante, como puede comprobarse por estos asertos.

Dice lo siguiente (P. 21):

“Sancho es aun mismo tiempo credulísimo y recelosísimo, y este viso ambiguo y descollante, perpetuamente contrapuesto, es una de las sublimidades más eminentes de la historia, y en que hasta ahora no creo se hubiese hecho el debido alto. El taimado encantador y transformador de la campesina tobosesca en Dulcinea y en princesa es él mismo, y luego a las primeras razones le persuade la Duquesa que Dulcinea está realmente encantada (...)”

Va recorriendo así rápidamente Mor de Fuentes toda la obra cervantina, y la reescribe con criterio castizo y realmente iconoclasta, a la par que –en este caso- admirativo. Su reescritura es al mismo tiempo un comentario personal realmente incisivo, de quien no

cree en los mitos literarios y ve sus defectos a la par que sus virtudes, aunque insisto en que no percibe la belleza lírica que existe en la *Galatea*, las *Novelas ejemplares* y el *Persiles*, lo que me parece demasiado grave para quien quiere llamarse cervantista, pero al mismo tiempo nos da una idea del carácter de este curiosos personaje literario.

En este comentario llega a un punto de fricción con la obra de de los Ríos que curiosamente incluye esta misma edición (p. 24):

“Sería interminable el ir desentrañando y *aquilatando* perfecciones que brotan de cada renglón (del *Quijote*), y por otra parte nos hallamos ya harto internados en el discurso de la obra para poder abarcar y desarrollar su conjunto. Uno de los que más rematadamente deliraron sobre la materia, fue D. Vicente de los Ríos en su titulado *Análisis del Quijote*. Maniático por Homero, como otros infinitos, en la *Iliada* se cifraban para él todos los géneros de excelencia accesibles al ingenio humano (...)”

No encuentra Mor de Fuentes ninguna relación entre los héroes y personajes de esta obra griega con la de Cervantes (p. 24):

“(...) Pero sean las perfecciones de la *Iliada* tantas y tan esclarecidas como se quiera ¿qué punto ni qué asomo de semejanza puede haber entre una obra formalísima, y en fin un poema épico, y un escrito satírico, burlesco, prosaico, esencial y privativamente castellano, y por consiguiente ajenísimo de las costumbres griegas?”

Vemos por tanto que Mor de Fuentes no se muerde la lengua. Desmitifica la comparación con los modelos griegos, ya el par considera a la obra cervantina como satírica y burlesca. Añade (p. 24):

“Por mi parte, conceptúo a Homero incapaz de formar el encabezamiento de un capítulo del *Quijote* (por ejemplo aquel, ‘De cómo menudearon etc.’) y considero igualmente a Cervantes inhábil para componer cuatro versos de la *Iliada*; y ¿se soñará por ventura que esta diferencia suma, o más bien diversidad tan diametralmente opuesta, ceda en menoscabo, u arguya inferioridad por parte del ingenio español? ¡Qué desvarío!”

Se refiere a cómo heroseó la fantasía de Cervantes los campos de la Mancha, llenos de simples campiñas solitarias. “Cervantes sí que fue un encantador efectivo y portentoso, y no los que perseguían a su héroe.” (p. 25) Y los libros de caballerías no fueron los que le proporcionaron su fantasía, que nada tiene que ver con la de ellos.

Insiste en que es una obra burlesca, que requiere “mudar incesantemente de temple, según los personajes, salpicándolo todo de chistes agudos, nuevos y cultos.” (p. 25)

Siento sin embargo que Mor de Fuentes, con su temperamento iconoclasta, no sólo no comprende como he señalado antes las restantes obras de Cervantes ni aún ésta, que trivializa al considerarla una obra burlesca, a la que sin embargo valora, quizás por encima de Homero, aunque considera los dos textos incomparables. En esto último no le falta razón, pero ya se vio en la voz dedicada a de los Ríos, que esto representaba un elogio a Cervantes, al compararlo con el escritor considerado el más grande por los neoclásicos.

Pero estimar al *Quijote* una obra burlesca y satírica no es precisamente el *elogio* con que titula su desatinado texto Mor de Fuentes, porque es hacerlo descender del espejo de una época y de unos personajes que encandilan a todas las épocas pasadas presentes y futuras a una simple obra de sátira y burla. Trivialización imperdonable, como he señalado antes.

Aunque luego comenta (p. 25):

“(...) El *Quijote* no tiene, ni tendrá semejante; es único en su especie, y ni remotamente ni por sueño se parece al *Orlando* o al *Asno de oro*, como se convencerá plenamente quien tomo a su cargo el entablar este parangón, pues a cada paso irá palpando el desengaño de tan aventurado despropósito.”

Este es un punto de valentía que hay que reconocer en Mor de Fuentes, quien rompe decididamente con la tradición de interpretación neoclásica, y nos ofrece una visión personal –discutible en otros aspectos, eso sí, como estamos viendo- del *Quijote* que ya es propia del temperamento romántico que ensalza la individualidad –frente al cotejo con los clásicos-, la originalidad, la autenticidad y la genialidad de una obra como la de Cervantes en quien los románticos se ven reflejados.

De este modo escribe (pp. 25-26):

“(...) Afirmo, pues, sin rebozo ni rodeo, que en punto a combinación adecuada y a disposición artística, la trama del *Quijote* se aventaja y sobrepone en gran manera a cuantas fábulas poéticas y prosaicas, antiguas y modernas, en crecidísimo número han llegado a mis manos. La demostración palpable va a dejarme plenamente airoso en este importante, y a mi entender facilísimo empeño.”

Esto es romanticismo pleno. Por tanto en el *Quijote* de la Viuda de Gorchs (1832-1835) podemos observar la evolución de la crítica cervantina desde el neoclasicismo de de los Ríos, al protorromanticismo de Fernández de Navarrete, hasta llegar al romanticismo de Mor de Fuentes, en los estudios que acompañan al texto cervantino. De aquí el interés de esta edición, que viene avalado por la misma evolución que vemos en las notas del neoclásico Pellicer hasta el romántico Bastús. Un texto por tanto a releer completo, y aquí hago la invitación.

Sigue luego Mor de Fuentes en su personal resumen y recorrido por la obra. Y concluye (p. 27):

“Este es el bosquejo sucinto, esta la armazón incontrastable de la fábula más consumada y perfecta que jamás ideó la humana fantasía. Pero ¡cuánta gala! ¡cuánta excelencia aguda, jocosa, moral y pintoresca, atesoran sus imponderables pormenores! Se evidencia desde el principio la novedad descollante, la contraposición sublime y la suma propiedad de los caracteres (...)”

Aquí ya se da un cambio en la valoración de Mor de Fuentes. De una obra simplemente satírica y jocosa pasa a la superlativización propia de los románticos, y convierte a la novela en la más perfecta que creó la fantasía humana. Y quizás esté en lo cierto, debo añadir.

Pasa luego a censurar la “culta y decorosa jovialidad” que no encuentra en los griegos, por ejemplo en las chocarrerías de Aristófanes, la falta de donaire de Menandro y el “yerto Terencio.”

Sigue así criticando a Luciano, más finamente chancero pero vulgar. Critica a los romanos Horacio y Plauto. A Cicerón (pp. 28-29). Puede observarse así que el abismo entre neoclásicos y románticos se ha abierto a nuestros pies.

Prosigue criticando a Erasmo, a quien considera el Voltaire del siglo XVI, y en quien sólo acepta relámpagos de agudeza. Hasta de Shakespeare dice (p. 29):

“Shakespeare en sus misceláneas tragi-cómicas, salpicadas de versos y de párrafos prosaicos, idolatrado uno y otro de los ingleses, quiso también chancear, o más bien, bufonear; pero el gran poeta y prosista moderno Goldsmith se ríe altamente de sus rancias y ahumadas jocosidades.”

Me parece muy interesante esta alusión a Goldsmith, padre del anarquismo inglés y frecuente lectura de Byron y Shelley, que muestra como ya he dicho el carácter inconoclasta y radical de Mor de Fuentes en sus juicios críticos, al mismo tiempo que su temperamento propiamente romántico, de hombre de 1835.

Por tanto no puede por menos de pensarse que Mor de Fuentes no califica de sátira burlesca a la novela cervantina con menosprecio, sino de forma admirativa, y quizás ello muestra en todo caso una falta de precisión en el empleo de los términos de su crítica. Porque parece descubrir en ella –como puede deducirse de su texto- algo que va mucho más allá de la simple sátira y burla y la convierte en obra genial, ejemplo para todos los lectores románticos.

Sigue así criticando a Molière y las chanzas excesivas y fatigosas de Racine (p. 29). Y hace esta curiosa afirmación que viene a demostrar lo que antes he comentado (p. 29):

“(…) Resulta pues con evidencia, que Cervantes merece el privativo dictado de Fundador de verdadero chiste, de Civilizador de la Europa en esta parte tan trascendental de la sociabilidad.”

Quizás lo que descubre en Cervantes, con criterio moderno, es la ironía romántica, que va mucho más allá de la simple sátira burlesca a la que sin embargo se ha referido explícitamente por error.

De este modo dice (pp. 29-30):

“Insistimos tenaz y redobladamente sobre este punto, porque vivimos persuadidos a que sólo un solo rasgo agudo y chistoso arguye más chispa de ingenio que veinte pasos patéticos de oratoria y aun de poesía; y aquel timbre campea por excelencia en el divino *Quijote*. El Lazarillo, el Tacaño, el Gerundio y sus semejantes, no son en su cotejo, ni aun pigmeos junto al coloso.”

Así pues, con la impropiedad terminológica que he señalado, la crítica de Mor de Fuentes llega desde una primera minusvaloración de la obra cervantina, a la consideración del *Quijote* como *summum* basado en la *ironía*, no en la *sátira burlesca* como dice. Es el romanticismo, que compensa su idealismo absoluto con una cierta dosis de ironía que le impide abocar al exceso y le sirve de ancla en cierto modo en la realidad.

Hay luego un curioso repaso a los escritores españoles que valora: Boscán, Garcilaso, León, Herrera, que cree “no versificaban con el despejo, tersura y perfección de Meléndez, Arriaza. Tapia y Doña Vicenta Maturana” (¡) pero se sobreponían estos poetas a los prosistas de su época. Critica hasta a Mariana por “rastrero, yerto y ramplón” (p. 31), lo que me parece peculiar cuando los románticos leían con deleite a este historiador, por ejemplo Larra.

Considera “escritorazos” (sic) a Arias Montano, Sánchez de las Brozas, Pedro Valencia, Luis Vives, Mariana, Chacón, Sepúlveda...son consumados latinos, pero son rastreros y áridos en sus vocablos. Entonces: “Aparécese el *Quijote*, y su despejo, gala, brío y raudal arrollan la caterva empedernida de nuestros ridículos prosistas, y, como el astro del día, se remonta solo y triunfador por la esfera.” (p. 31) Y añade:

“En fin, orillando la alegoría, toma la pluma Cervantes para historiar los desvaríos de su iluso andante, y vacía de improviso la norma, el tipo y el tesoro actual y venidero de la lengua castellana. Ya van dos siglos muy cumplidos, y seguirán probablemente otros muchos, siendo el *Quijote*, sin anticuarse, el texto solariego, castizo y terminante del idioma; de modo que el preservativo más eficaz y victorioso contra el torrente emponzoñador del galicismo, es el mismo libro donde se cifra el recreo más racional, y la enseñanza más palpable que se puede proporcionar al corazón y al entendimiento.”

Cree que influye en la prosa de Pascal, y en la de Voltaire, que se equivocó en considerarlo remedo no original del *Orlando* (p. 32). Ensalza así el estilo incomparable de la obra cervantina.

Donde estuvo además muy acertado Mor es en su valoración del estilo de lenguaje de Cervantes, por vez primera reconocido en su justo término (p. 32):

“Repárese, desde el renglón primero, la suma y perpetua propiedad de la expresión, y sobre todo el temple ya subido, ya medio, ya llano del lenguaje, al tenor de los objetos y de las ocurrencias; y usando siempre, como dijimos, las voces más adecuadas y características, resulta sin embargo infinita novedad en los cuadros. Y este consumado primor le sale al encuentro, se le viene a la pluma, y se presenta, como dicen los escultores, *de un vaciado*, sin esmero, sin ahínco, y estoy por decir, sin noticia del artista.”

Lo que late aquí es la visión romántica del genio espontáneo, pero creo que el estilo del *Quijote* revela un cuidado en la expresión y un dominio del lenguaje que no podía ser espontáneo, aunque fluyera con facilidad de quien ha sido el mejor escritor de la lengua española y quizás el mejor que nos ha legado la historia de la humanidad.

Indica que La Harpe en su *Elogio de Fenelon* afirma será imposible señalar los altos de Telémaco, los momentos en que dejó la pluma para luego continuar, pero en el libro de Cervantes no hay quien advierta estas pausas.

Encuentra a “su lenguaje, siempre elegante y castizo, y siempre absolutamente intraducible a ningún idioma, es por excelencia adecuado a las situaciones.” (p. 33)

En fin, puede comprobarse que el sucinto análisis de Mor se centra ahora en el estilo de Cervantes, y en su genialidad. Por vez primera se detectan estos valores en la obra cervantina, que se enjuicia con un criterio moderno, dentro del espíritu extravagante del crítico que nos ocupa. No se trata de una obra rigurosa en el sentido

filológico, como la que aspiraban los demás participantes ya mencionados de esta interesante edición del *Quijote*. Pero tiene interés, en su exceso –discutible la primera parte relativa al resto de la obra de Cervantes–.

Indica que en la época de Cervantes, las dos grandes literaturas: inglesa y francesa, estaban aún por nacer. Esto creo es rigurosamente cierto, por cuanto la modernidad es lo que caracteriza a ambas literaturas. Y Cervantes encuentra que está muy versado en la antigua, la italiana y la española (p. 33). Y añade (p. 34):

“En cuanto a la moral, toda la obra rebosa de la rectitud más inflexible y del pundonor más acendrado, y estos impulsos heroicos se estampan hondamente, hasta con los refranes interminables de Sancho; pero sobre todo, los documentos de su amo para el gobierno recapitulan en un cuadro admirable, digno del mismo Solon, las sublimidades prácticas embebidas por el contexto de la historia. (...)”

El espíritu militar de Mor se pone de manifiesto cuando responde al reproche de que la novela cervantina afeminó a la nación, y señala que su íntimo amigo Velarde, Daoiz, Mariano Álvarez y los defensores de Gerona defendieron a la obra de este aserto (p. 34).

Considera remedos inferiores al *Tom Jones* de Fielding, el *Hudibras* de Butler, las *Dunciadas* de Pope, las *Sátiras* en prosa del alemán Rabener, los pasos copiados de Wieland... que no tuvieron el ingenio de Cervantes (p. 34). Este planteamiento también me parece muy moderno, y descubre en Mor a un autor de amplias lecturas –sin necesidad de que se trate de un erudito o un filólogo– y hombre que no temía desacralizar la literatura con sus opiniones personales, bastante originales.

Por otro lado quiero destacar que la intención de la novela cervantina de criticar a los libros de caballerías es apenas aludida en unas breves líneas (p. 33), y no parece considerarla el asunto primordial de la misma. De aquí a inferir una nueva dimensión de profundidad en el texto cervantino hay un solo paso, que dará la crítica posterior en el siglo XX.

Considera que los versos del *Quijote* son despreciables (sic), pese a lo que opinen los alemanes que le colocan en la cumbre de la poesía cuando “Cervantes era tan consumado *prosista*, como vulgarísimo coplero.” (p. 35) Pero creo que la crítica actual rebatirá esta idea, por ejemplo la edición de Vicente Gaos en dos volúmenes de Clásicos Castalia, o las conocidas ediciones de Rodríguez Marín de *El viaje del Parnaso*, y Miguel Herrero o Elías Rivers por poner sólo algunos ejemplos que podrían ampliarse. Pero este es el peculiar gusto de Mor de Fuentes que tanto sacraliza como desmitifica y hunde, con un criterio excesivo en ambos casos.

Critica luego al *Quijote* el exceso de hipérbolos, y la inconexión de episodios respecto a la acción principal “por falta de conocimiento (de Cervantes) de sí mismo” (¿), y “lo que se paladea por excelencia, es el diálogo de los dos héroes” (p. 35)

Con criterio de herencia neoclásica –Luzán de nuevo– estima que el arte debe imitar a la naturaleza, pero en la novela cervantina cree se cae en este sentido a veces en las expresiones “en extremo *naturales*” que no son *decorosas*. (p. 36)

Estima que en el estilo hay a veces “harto desaliño y casi abandono”, aunque la expresión sea fluida y castiza, pero con atropellamiento en la composición. “Hay también pasos difusos o cansados, efectos de esta misma facilidad, raudal o atropellamiento en el acto de la composición.” (p. 36) (¿) Pero en los asuntos civiles o literarios “su castellano es moderno, galano, brillante y perfecto.” Considera inverosímil la aventura de los molinos, e impropia la de los rebaños. Considera que hace odiosos a

los altos señores por caprichosos (p. 37) Pero a pesar de estos defectos, cree que “hasta los lectores de suyo casi yertos y empedernidos, se apasionan en extremo por el héroe, y se conducen entrañablemente de su tristísimo fallecimiento” (p. 37).

Considera que hay un “embeleso sin igual” por parte de la crítica alemana e inglesa sobre todo, acerca de esta obra, que ha sido ampliamente editada en Francia. Sólo algún idiota (sic) como el Setabiense y algunos otros “insectillos invisibles, de calaña idéntica” le han censurado (pp. 37-38). Y añade (p. 38):

“Insistimos en que el embeleso del *Quijote* se aventaja en grandísimos quilates al de cuantas novelas se han aparecido en el orbe, mas reconocemos que esta magia tan sublime para la lectura no trasciende a la jerarquía del teatro (...)”

Don Quijote no es un personaje teatral, indica. Y aprovecha luego (p. 39) para criticar ácidamente la prolongación del de Avellaneda.

Para que tengamos constancia del escaso rigor de este texto, sin embargo curioso pro su extravagancia, piensa que el *Buscapié* existió, pues lo leyó un corresponsal de Ríos, llamado Ruiz-Díaz, en ejemplar perteneciente a la librería de los Condes de Saceda, pero Mor comenta este conde era amigo suyo, y cuando residió en su casa no pudo localizar de ningún modo el texto del que sin embargo no duda la existencia (¿).

En cambio menciona la pretendida carta autógrafa de Cervantes a Felipe II como superchería (p. 40).

Cree en la prisión de Cervantes en Argamasilla, y luego en Valladolid (pp. 40-41). También cree en el cuadro de Juan de Jáuregui (p. 42). Todo esto lo desmontaría mucho después Astrana Marín, añadido por mi parte. Señala finalmente que si resucitara en ese día (1835), aún pasaría hambre y necesidad. Y termina su exposición Mor de Fuentes señalando “Ignórase el paradero de sus cenizas.”

En nota final se burla de la biografía francesa de Voltaire que apareció por aquellas fechas que considera al *Cándido* superior al *Quijote*, y añade (p. 43):

“el *Cándido* es una sarta de lances inconexos, un hacinamiento de viajes interminables, y de personajes recargadísimos (...) En fin un párrafo cualquiera del *Quijote* atesora más inventiva y arguye más verdadero númen, sin asomo de encarecimiento, que veinte o sesenta *Cándidos*.”

Y acaba proponiendo que Alcalá de Henares se llame “de Cervantes” (p. 44).

En fin, este texto cervantino no puede denominarse propiamente como crítica. Es un intento de iconoclastia y revalorización simultáneas muy peculiar, que responde al momento en que se escribe (1835), en plena revolución romántica de las ideas. No es una obra rigurosa, sino un escrito curioso, excesivo y extravagante, pero que en cierto modo debemos tener en cuenta, aunque sea lo menos valioso del aparato crítico del interesante *Quijote* de la Viuda de Gorchs (1832-1835). Y en el que debemos recalcar siquiera brevemente como espejo de la actitud de una época, en el camino de marcha ascendente hacia un nuevo concepto del *Quijote* como obra cumbre de la literatura universal, planteamiento romántico que muchos en principios del siglo XXI compartimos todavía.

DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN

BIBLIOGRAFÍA:

MOR DE FUENTES, José: *Poesías varias*, Madrid, Real, 1796; segunda parte, Zaragoza, Miedes, 1797; tercera parte, Madrid, Cano, 1800; *El cariño perfecto o Alonso y Serafina. Novela*, Madrid, Cano, 1798; 2ª ed., *La Serafina*, Madrid, Cano, 1802; *La Serafina*, ed., pról. Y notas de I. M. Gil, Zaragoza, Cátedra Zaragoza, 1959; *Bosquejillo de la vida y escritos de don José Mor de Fuentes, delineado por él mismo*, Barcelona, Bergnes, 1836; ibídem Madrid, Atlas, 1943 (Col. Cisneros); ed. de Manuel Alvar, Granada, Universidad de Granada, 1952; ibídem ed. De M. Artola, en BAE, XCVII, 1957 pp. 373-428; ibídem ed. de Manuel Alvar, Zaragoza, 1981.

AZORÍN (J. Martínez Ruiz), “M. de F.”, en *Lecturas españolas*, Madrid, 1912, pp. 81-105; ARCO, R. del, “Ideario literario y estético de JMF”, *Revista de Ideas Estéticas*, V, 1947, pp. 81-105; GIL, I. M., “Polémica sobre el teatro”, *Archivo de Filología Aragonesa*, IV, 1952, pp. 113-28; ibídem, “M. de F., poeta”, *Universidad*, Zaragoza, XXXIII, 1956, pp. 22-76; ibídem, “Vida de Don J. M. de F.”, *Universidad*, Zaragoza, XXXVII, 1960, pp. 71-116 y 495-566; GIL, I. M., y PAGEARD, R., “M. de F. et la France”, *Revue de Littérature Comparée*, París, XXXV, 1961, pp. 353-76; GIL, I. M. y PAGEARD, R., “El teatro de M. de F.”, *Miscelánea ofrecida al Sr D. J. M^a Lacarra*, Zaragoza, 1968, pp. 279-89; ALVAR, M., “M. de F.” En *Estudios y ensayos de literatura contemporánea*, Madrid, Gredos, 1971, pp. 17-51.

DIEGO MARTÍNEZ TORRÓN.